

SUEÑA ESTUDIANTE

Por Rubén Hernández C.

Pedro López Martínez representaba el prototipo del estudiante preparatorio común y corriente.

Era de familia humilde, pero eso no le impedía tratar de destacar, de sobresalir sobre sus demás compañeros; aplicándose en las materias que su grado escolar exigía. Alguna vez obtuvo la calificación máxima y le enorgullecía bastante, porque el tiempo que dedicaba al estudio era poco, trabajaba en una oficina como archivista, cosa que le daba, según él, facilidad para relacionarse con personas cultas y aptas para discutir con él la literatura clásica, moderna, universal.

Pensaba que el hecho de haber leído a los gigantes de la literatura, tales como Nietzsche, Bacon, Kant, Freud, Adler y muchos otros, le daba mérito sobre sus compañeros; tenía presente, sobre todo, la estilística y la prosa de Henry Miller, la del Marqués de Sade y la de tantos otros que lo habían influido directamente en sus críticas y en sus juicios; en sus conclusiones era muy estricto, con sus compañeros se portaba altivo y orgulloso, se sentía superior a todos; hablaba lo mismo de metafísica, lógica, dialéctica y filosofía, que de religión, sexología, comunismo o química; cuando se discutía una cuestión sus compañeros casi no lo entendían, no sabían de qué alegaba, se sentía superhombre, sus maestros, no permitían por ningún motivo que supiera tanto y, cuando no lo callaban de una buena vez, lo censuraban, sugiriéndole que dedicara más tiempo a sus materias escolares y que no se llenara la cabeza de *humo* con aquella clase de literatura, impropia de su edad y de él, le decían.

Le apasionaba la psicología principalmente, más que cualquier otra materia; en cuanto saliera de la preparatoria, se iría inmediatamente a la Facultad de Filosofía y Letras, o donde se impartiera esa carrera, pero no dudaría en estudiar psicología.

A diario, camino a la Escuela Preparatoria, veía con coraje, irritación e ira, como los brutos compañeros, *porristas* o no, asaltaban los camiones de refrescos, los expendios de frutas, panaderías, rompían vidrios, insultaban a los transeúntes, indefensos ante tantos estudiantes y no les quedaba sino someterse.

Hacían meterse y correr el camión por donde no le correspondía y gritaban a las mujeres una gran variedad de palabrotas incoherentes, e indignas de estudiantes (?)

Aunque eran sus compañeros, no podía dejar de maldecirlos, no directamente, bien sabía que si lo hacía se haría acreedor de una paliza como nunca se la habían dado, pues los porristas trabajaban en *grupo*, en *equipo* y no le dejarían un hueso sano.

Cuando expresaba sus juicios con el optimismo y corrección que a sus compañeros sorprendía, no tardaba en ganarlos, aunque algunos lo miraban

Primer premio del concurso efectuado
en COAPA.

Jurado compuesto por:

Mtro. Roberto Andrade

Mtra. Helena Beristáin

Prof. Roberto Oropeza

con envidia y rencor; eso no le importaba, es más, era tan diferente que le gustaba, pero esa actitud simbolizaba el alarde, la vanidad y la arrogancia, además de su superdesarrollado complejo de superioridad y, a cada día, al llegar a su casa, su odio por los porristas y relajosos, aumentaba, los despreciaba, los repudiaba; respaldaba a Darwin firmemente en sus teorías acerca de que el hombre proviene del mono, pero debe haber sido un mono de los más vulgares y desorganizados que pudieron existir, la prueba directa estaba en los compañeros relajistas, *porristas*, huelguistas, intrépidos, *machos*, escandalosos y otros que no sabría cómo calificarlos; simplemente, bastaba darles una ojeada para comprobarlo: colgándose de las puertas y ventanas de los camiones, gritando como locos histéricos y silbando peladeces. A veces eso le entristecía y le defraudaba, ¿qué no se daban cuenta de lo que hacían?, ¿no les daba pena portarse tan vulgarmente delante de la gente?, o . . . ¿tenía él la culpa de no comprenderlos, de no gustar lo mismo que ellos, no gustar de los bailes modernos —si es que bailes podía llamarse a esas contorsiones y alaridos—, a no gustar de los largos, lacios y sucios cabellos masculinos (?), de no gustar de sus ropas ajustadísimas y los sonidos raros de instrumentos musicales (?) también raros? No, definitivamente no, y así se sentía Zaratustra cuando no lo comprendían; cuando no lo querían se sentía Henry Miller; cuando lo alababan se sentía Cristo . . . ¿Tenía que dejar esas críticas para los viejos que siempre están censurando a la juventud?

Todo él era un complejo andante, una ambigüedad en extremo, pensaba que las preguntas que le hacían a él o a sus maestros eran idiotas. Una vez, alguien le preguntó a Pedro que quién era Freud, y él, que lo había leído tantas veces: la histeria, la neurosis, el delirio, la psicopatología, los sueños, no pudo articular palabra ante semejante ignorancia, y llegando a su casa lo único que se le ocurrió hacer fue llorar; y lloró amargamente, como un niño. Cualquiera otra persona normal no hubiese tomado la menor importancia en aquel incidente tan simple, pero le dio tristeza pensar que la mayoría de la población sería así de ignorante, o tal vez inocente. No quería culpar a nadie pero imaginó a todo el pueblo sumido en las sombras, en un tabú, en la superstición, por eso lloró y no lo pudo evitar, y al otro día llevó un tomo de las obras de Freud y preguntó a su compañero que si de veras quería saber quien era ese señor, como el otro contestara que sí, Pedro dio a que leyera y se informara en el libro que era la biografía de Freud y del psicoanálisis; eso era lo menos que podía hacer en contra de la ignorancia, pensó.

Se burlaba del maestro de inglés, él creía a Pedro un estudioso del idioma. La verdad es que Pedro hablaba el idioma desde pequeño, pero le gustaba tomarle el pelo al maestro, esperaba la reacción y la cara que

pondría el maestro algún día, cuando alguien le tirara el teatrillo. Nunca se supo nada.

Para desgracia o fortuna, para mal o para bien, había pasado así al sexto año, estaba decidido, tomaría la carrera de psicología y, tal vez, algún día se iría a Viena a estudiar psicoanálisis a Austria, tierra de su maestro Freud, o a Francia, tierra de Charcot; en fin, se iría a recorrer todo el mundo y regresaría por fin siendo muy famoso.

Cierta día entre los días, vio a un mozo entre los mozos colocar una hoja impresa en uno de los gruesos pilares de la Preparatoria, le llamó la atención y fue a leerlo. Se trataba de una convocatoria para un concurso literario, lo leyó, y meditó una hora, llegó a la conclusión de que sería bueno participar. La leyó tres, cuatro, cinco veces. Aunque a las cuatro veces ya se la había aprendido de memoria, aún así, arrancó la hoja y se la guardó, le entusiasmó la idea, era muy sencillo, había que escribir un ensayo sobre su Preparatoria; sencillísimo, no dudó dos veces en ir inmediatamente a inscribirse y concursar, para él era la oportunidad de comprobar y afirmar sus cualidades descriptivas, su capacidad narrativa, de exponer su estilística, jamás había participado en un concurso parecido, ni de ninguna especie, salvo una vez, en la que por hablar bien sobre la religión le regalaron un libro de Santo Tomás de Aquino. En este concurso, aunque no le regalasen nada, de todos modos tendría la satisfacción de verse una vez más sobre sus compañeros, de ello estaba seguro; imposible que fallara, pensó insolentemente, el jurado estaba constituido por personas que realmente estaban enteradas de los últimos acontecimientos mundiales, estaban documentados, e informados sobre la literatura tanto moderna como clásica, nacional y universal. Oyó, después de haber meditado una hora, la chicharra de la Prepa anunciando el término de la primera hora de clase, no le importó no haber entrado, de haber perdido esa clase, ya habría tiempo de reponerla, aún esa tarde estuvo pensando ilusionado en su ensayo, para meditar mejor se metió a la biblioteca, ahí calculó la dimensión y amplitud de su trabajo futuro, tal vez algún amigo lo saludó, pero él no se dio cuenta, o no prestó atención, hasta muy noche terminó lo que serían las bases de su ensayo, leyó, corrigió, releyó y estuvo satisfecho, tenía capacidad crítica y le gustó su trabajo; únicamente le faltaban los protagonistas, pero en este caso eso era una cosa secundaria, quiso que su ensayo no se igualara a los ensayos de los angelitos *seudoescriptorcillos* de su Preparatoria, quienes seguramente, sólo se concretarían a describir la bonita y amplia alberca, la cafetería, los modernos laboratorios, el alumbrado, los amplios patios, los anchos corredores, los maestros gruñones, las locas y apretadas compañeras de clase, etcétera, etcétera, pero nadie tendría la osadía de mencionar los múltiples problemas estudiantiles, como los transportes, la deficiencia e incompetencia de las pedantes e insolentes secretarías oficinistas de la UNAM, los incumplidos maestros que dejan a los alumnos sin clase por irse a ver el fútbol de los jueves, el relajado, desórdenes y truenos de *palomas* en los auditorios, soportar las majaderías de los choferes, estudiantes, prefectos y maestros, en fin, él se dedicaría a mencionar en forma clara e inteligente, los problemas *politicosocioeconómicoestudiantiles*, no sólo tocaría los problemas internos y externos de la Preparatoria sino que tendrían alcance en todo el pueblo, de manera general, su ensayo alguna vez sería aplaudido mundialmente, pensaba muy optimista, ¿y por qué no?, de alguna manera debía poner en práctica lo que había leído de los gigantes de la literatura, ¿o no?

Por fin, después de una semana de meditaciones, surgió en él una idea; un protagonista para su ensayo que, según él, revolucionaría por completo el criterio estudiantil, el de los maestros, de los obreros, del pueblo, del mundo entero. Su ensayo, su simple ensayo, sería traducido a varios idiomas, incluso, esa noche, soñó verse laureado, recibiendo el premio que se le había otorgado por su excelente trabajo, que los maestros, reconociendo su capa-



cidad le pedían diera por *favor* la clase, pues ellos se sentían humillados, la gente, le pedía orientación en sus problemas y le decían *usted*, muy respetuosos; ahora superaba a Miller, a Balzac, a Nietzsche, a Cristo, tenía dinero y fama desbordantes, su palabra y pensamiento se habían vuelto autoritarios; en los periódicos se leía su nombre en letras gigantescas y las revistas mundiales le rogaban unas palabras para ser publicadas como *superreportaje extraordinario*, así de entusiasta y animoso se despertó, su sueño era muy simple, y antes de todo: sueño, pero él pensó que estaba muy cerca de la realidad. El domingo siguiente, comenzó a redactar su ensayo, de enormes dimensiones y gran alcance; cuidó bastante de que su prosa fuera entendida, desde el campesino, hasta el más refinado burgués; su estilística, que fuera enteramente particular, en nada comparable a la estilística de Nietzsche, ni a la de Novo, ni a la de Rulfo, sino superior a la de ellos; su narración didáctica, con todo lujo de detalles y habilidad ilustrativa, creativa e instructiva; hizo de su trabajo en más cuartillas de las que había establecido el concurso, pero pensó que por ser un trabajo excelente y extraordinario y por tratarse de él, se le perdonaría y se le permitiría hasta su mala caligrafía si su máquina tuviese una o dos letras descompuestas, de una simple cosa pensó que había hecho una enorme obra, no sólo por su extensión sino por su contenido, había creado un complejo, una ambigüedad ilegible, pero hecha con filosofía y retórica que cualquiera era capaz de comprender, en esto, seguramente, influido por el título de un libro de Nietzsche: *Un libro para todos y para nadie*, terminó su ensayo, lo pasó en limpio, lo cuadruplicó, quedándose él con una copia, adaptó su trabajo a un fólter y puso su nombre en letras muy pequeñas sobre el fólter, como símbolo de modestia, al mismo tiempo que de arrogancia; pensó enseñarlo a sus mejores amigos, pero desistió de la idea, no quería oír opiniones que consideraba tontas y menos aún prejuicios que lo desanimaran; así pues, no mencionó a nadie el asunto y ya en la escuela, cuando se disponía a entregar su trabajo, se encontró con un compañero conocido que también iba a entregar un ensayo de la misma índole, Pedro no le habló del suyo, pero en cambio pidió a su compañero que le dejara ver su ensayo, cosa que el otro aceptó gustosamente.

Únicamente bastaron dos cuartillas para que Pedro, bajo la mirada desconcertada de su compañero, se desternillara de risa en las narices del pobre e incomprensivo joven, pensó que a Pedro le había dado un ataque de euforia, o un ataque hilarante, pues se habían dado casos de que una persona que padece esta clase de ataques se llegan a desmayar e, inclusive, a morir de la risa, tal como a Pedro le estaba sucediendo; o pensó tal vez que le culparían de ser la causa por la que Pedro perdiese la razón y le expulsarían de la escuela.

¡Cuán lejos estaba de imaginar que Pedro se moría de la risa por la inocencia del ensayo de su compañero; muy inocente, tanto que no tenía razón de ser, era absurdo, sin sentido, tenía estilo copiado de un escritor a *go-go*, su prosa era infantil y su narración, completamente absurda! ¿Cómo era posible que su obra cumbre realizada con retórica y filosofía y haber sido revisada cuidadosamente, puntos, comas y signos, se viera comparándose y aún rivalizando con aquel seudoensayo estúpido e insignificante? No, no había duda, el ganador sería Pedro; así con paso seguro y firme se dirigió a la ventanilla 1, lugar de entrega de ensayos. Antes de entregarlo, se fijó y verificó que el encargado de recibirlos tuviera las manos limpias. Salió del lugar, altivo y más orgulloso que nunca, miraba a sus compañeros hacia muy abajo, con pedantería e insolencia increíbles, subestimándolos imparcialmente; pasó el tiempo y estuvo pendiente de los resultados, aunque en el fondo (bien sabía que él sería el ganador.

Por fin llegó el día esperado, pero *se asombró hasta el límite del asombro*, cuando vio que su nombre *no* figuraba entre los ganadores, ¿por qué?, tenía

que haber un error . . . Comenzó a meditar, a recordar . . . ¡sí!, ¡sí!, lo había entregado en el lugar debido, muy claramente decía: *Entregar en la ventanilla 1*, estaba correcto, ¿entonces que había pasado? . . .

Por un momento pensó que el director lo llamaría sin que nadie lo supiese, lo reprendería sobre su escrito; lo llamaría: *subversivo*, le censuraría aquello que escribió de que *sólo son unos vagos que se dedican a hacer sólo eso, huelgas*; el director le diría varias veces que en la escuela había tantos elementos malos como también los había buenos, y que no todos eran del montón, como él afirmaba, se atemorizó un poco al pensar esto; pero nada le causó tanto asombro como cuando supo y vio por sí mismo que el ganador era nada menos que el compañero que tuviese que soportar su burla, ése era el ganador, el *don nadie*, ¿cómo era posible tal? Le causó tanto asombro que duró perplejo una hora y lo único que hizo por instinto (semejábase a los toros de lidia, cuando el matador les mete la espada en el lomo, lo último que hacen por instinto, es irse a morir a las tablas, si es que aún pueden caminar) fue no entrar a clases. Se quiso retirar a su casa a meditar sobre el futuro, y el de su querida Preparatoria, llegó a su casa y se encerró con llave; creía volverse loco (¿lo estaba?), le contó a su almohada lo que le pasaba; le contó que nadie lo comprendía, sólo ella, pues ella velaba su sueño; y lloró, lloró y lloró hasta derramar sobre su querida almohada, la última gota de lágrimas almacenadas en él, en sus ojos. Lloró amargamente, como un chiquillo; miraba el amarillo cielo de su cuarto y no veía nada, salvo algunas manchas de las moscas; en aquel cielo no existía sino su mirada, dudaba que existiese él mismo, vivía en un campo inmenso donde sólo existía la duda, dudaba de la existencia de todos . . . De pronto le saltó la idea de revisar su ensayo y mirar los errores en que había incurrido, si encontraba alguno se lo perdonaría pues humano es errar, pero no encontró nada a su juicio; le pareció mejor aún, pensó que ahora no le importaba no haber ganado, sino le importaba saber si su ensayo había participado en el concurso. Decidió investigar y *comprobar* que su ensayo no había concursado tal vez el señor que recogió los trabajos *olvidó* el de Pedro y por eso no fue tomado en cuenta. Casualmente se encontró con uno de los miembros del jurado, al que había preguntado por su ensayo, y éste exclamó: “¡Tu escribiste *eso*?! Bueno mira . . .” y se soltó hablando sin miramientos ni prejuicios, le dijo en suma que su ensayo se reducía a ficción de tercera clase sobre la Preparatoria, todo lo que decía era irreal, incierto, mitológico, y no sólo eso sino que *era basura de utilería* de la calidad más corriente e insignificante, cosa que hirió profundamente a Pedro, pero viendo que ya había llorado bastante y que nada había conseguido así, comenzó a sonreír, luego a reír, hasta que su risa fue haciéndose más franca y escandalosa, luego, desternillante y luego contagiosa, tanto que el *crítico* también comenzó a reír sin saber por qué, salió del lugar aún riendo, no dijo palabra alguna, ni quería saber de ensayos, y siguió riendo toda la tarde y toda la noche, cuando llegó a su casa aún riendo, su risa comenzó a tornarse extraña, era una mezcla de risa de amargura, de meditación y de resignación y también de fracaso, pero no dejaba de reír. Decidió (aún riendo) no volver a escribir nunca más, dejaría de persistir en la carrera de Filosofía y Letras y se dedicaría a *burócrata*, quería ser como los demás, quería ser del *montón*, quedar estancado, dedicaría su vida a la rutina, a tener un tren de vida constante, ya no leería a nadie, ni se interesaría en nadie; si tomaba una carrera sería una muy fácil, como la de profesor de inglés, ya que lo hablaba; hasta pensó que lo conveniente para él sería irse a vivir muy lejos, apartado por completo de la civilización, o enlistarse en la legión extranjera como voluntario, según había visto en las películas pero . . .

Pasó un mes, dos, tres, y ensayo, concurso y maestros, se fueron poco a poco olvidando en él, volvió a la rutina estudiantil, a la monotonía escolar, al tren de vida constante en el trabajo, a las actitudes de los compañeros brutos, a los maestros enojones y gritones, a su farsa con el profesor de inglés,

a los asaltos a los camiones refresqueros, a quitarle el pan de la boca a los hijos de los repartidores, choferes, comerciantes, panaderos, etcétera, a las majaderías de los choferes y alumnos de la Prepa, al olor característico de la escuela (a establo y vacas), a seguir la farsa de estudiar, a hacer huelga si el sol sale redondo o vuela una mosca, suspender las clases para ir al *Azteca a ver el fútbol*. . . a . . . a . . . ¡Bah!, y él sin poder comprender al *montón*, no obstante, vivía con ellos, les hablaba, se entretenía observando la fisonomía de alumnos y maestros, sus actitudes absurdas. . .

Y más le causaba admiración y sorpresa la decisión del jurado en el anterior concurso: ¡haber otorgado el primer lugar al compañero de sonrisa constantemente estúpida e idiota! ¡El primer lugar a ese ensayo tan infantil, tan absurdo y sin sentido, a *eso*, ¡el primer lugar! ¡Qué ironía! ¡Qué descaro! Y el muy idiota y fanfarrón compañero, el día de la entrega de premios llevó a su noviecita santa, quien con actitudes patéticas y miradas inmensamente tiernas, llenas de romanticismo anacrónico, lo aplaudió hasta que se le pusieron las manos coloradas. ¿Cómo era posible? ¡Era inconcebible! Ese compañero estaba dormido. Aun despierto él no conocía a Kant, a Balmes, a Tolstoi, a George Eliot, ¡a nadie!, ¿entonces? . . . ¿qué había pasado? . . . bueno, ya no le importaba mucho porque ahora Pedro, ya no era el futuro sicólogo, el hombre de letras, ya no era el *superhombre* aquel; como escritor había fracasado, sus compañeros y él seguirían durmiendo, se harían más convocatorias para más concursos como ése, o de natación, de fútbol, de pintura, de fotografía, de arte, de periodismo mural, etcétera, etcétera.

¿Pero es que no lo comprendían? Eso no se hacía sino para mantenerlos durmiendo, para que no pensarán; de pensar se encargarían los *borregos grandes*, los dirigentes; los de la acción serían los alumnos (*borreguitos*); sólo tenían que esperar a que al borrego grande se le diera la gana *balar* y hacer una huelga, entonces el rebaño ahí iría siguiendo a los borregotes, sin saber por qué o para qué, con este sistema a los alumnos no se les despertarán ideas subversivas, seguirían siendo unas marionetas, era como si a los alumnos se les diera un soporífero de gran potencia, para que durmieran y no despertaran nunca; y seguirían aplaudiendo a los seudoescritorcillos, como el que *ganó* lo del ensayo, seguirían las ideas inocentes y sin malicia, y no sólo con los estudiantes sino con todo el panorama mexicano; el ensayo de mi protagonista, lo habían calificado como: subversivo, socialista ruso-cubano, antiestudiantil, absurdo, ficción estudiantil, de falaz, pesimista, etcétera, por el primer miembro del jurado a la primera cuartilla y a la primera ojeada (y era cierto) . . .

Ahora . . . ahí estaba aún; en el grupo seiscientos y tantos, en el turno nocturno, con el *montón*, con los *borreguitos*, los inocentes. ¡Pobres mediocres!, solía decir, y si antes se portaba altivo, orgulloso, pedante e insolente y no sé qué. Ahora no. Ahora era lo contrario, era humilde, sumiso, obediente, subyugado, subordinado, rendido, modesto, cohibido, resignado y dormido.

Pero de una cosa sí estaba completamente seguro: había recibido una estupenda lección que no olvidaría nunca, ¿por qué? . . .

Porque ahora era, *uno más*.

Un borrego más.

Un mexicano más.

Un estudiante más . . .